ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

CON PERMISO DEL MARIDO

juguete cómico-lírico en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RAMIRO BLANCO

MÚSICA DEL MAESTRO

RAMÓN LAYMARIA

SEGUNDA EDICION

MADRID 20
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

CON PERMISO DEL MARIDO

CON PERMISO DEL MARIDO

juguete cómico-lírico en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

RAMIRO BLANCO

MÚSICA DEL MAESTRO

RAMÓN LAYMARIA

Estrenado con extraordinaeio éxito en el TEATRO MARTIN, la noche del 16 de Febrero de 1889.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES
CLARA	Doña Luisa Campos.
MICAELA	» Francisca Ruiz.
CARLOS (1)	Don Servando Cerbón
RUPERTO	» José Ferrandiz.

Derecha é izquierda, las del actor.

(1) Para justificar los actos de este personaje, convendrá que el actor á quien se confíe el desempeño de su papel, haga lo posible por caracterizar un señorito de pueblo, *cerril*, con sonrisa siempre bobalicona, y que exprese sus sentimientos de alegría, extrañeza, temor, etc., á la altura del trato social que se le supone. El partido que se puede sacar de este juguete, está en la acción, y para facilitar á los actores ese trabajo, es por lo que se incluyen en el libro algunas notas que de otro modo parecerían inoportunas.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podra, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LAS GRACIOSISIMAS TIPLES COMICAS

SEÑORITAS

DOÑA LUISA CAMPOS Y DOÑA FRANCISCA RUIZ

Y Á LOS EXCELENTES ARTISTAS

D. SERVANDO CERBÓN Y D. JOSÉ FERRANDIZ

El lisonjero éxito de este juguete, *que ningún mérito tiene, es debido por entero al talento, la gracia y el cariño con que ustedes le han interpretado. Así debe hacerlo constar en esta dedicatoria, dando público testimonio de su sincero agradecimiento,*

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/conpermisodelmar00laym

ACTO ÚNICO

Decoración de sala elegante. Dos puertas laterales izquierda, y otra puerta y un balcón á la derecha. Puerta en el foro. Un velador grande, sobre el que habrá algún álbum ó flores, etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CLARA

Saliendo de la colateral izquierda y dirigiéndose á la colateral derecha para mirar por el agujero de la cerradura.

¡Tan tranquilo! ¡Durmiendo á pierna suelta! ¡Y hay mujeres que se quejan de que sus maridos son celosos! ¡Felices ellas!

MÚSICA

Aunque dicen que los celos
malos son,
es lo cierto que demuestran
mucho amor.

Y debemos las mujeres
procurar
á los hombres no dejarles
confiar.

AIRE DE VALS

Infelíz la que no oculta
la mitad de su querer,
pues los hombres se empalagan
si les damos siempre miel.
Un poquito de despego
pone al hombre en condición,
para hacer después las paces
que nos da el placer mayor.
Que soy bonita
dice mi espejo,
si su reflejo
infiel no me engañó.
Pero mi esposo
indiferente,
celos no siente
ni nunca los sintió.
Tal vez soñando
dicha y placeres,
de otras mujeres
le embriague la ilusión.

—

Infelíz la que no oculta
la mitad de su pasión,
y á los hombres no da celos
para atraerlos mejor.
Esta es la causa
de mis anhelos.
¡Hijos los celos
son del amor!

HABLADO

No lo puedo remediar... esta indiferencia de mi mari-

do, me pone furiosa... Y aún sería eso disculpable si él fuese más joven y yo menos bonita. ¡Pero á su edad!. . (Gritando.) ¡Micaela! Por fortuna se me ha ocurrido un gran proyecto... ¡Micaela!

ESCENA II

CLARA y MICAELA

MIC. ¿Llama usted, señorita?

CLARA. Sí. Voy á salir; es decir, no saldré, pero si el señor pregunta por mí, le dices que estoy fuera de casa desde muy temprano.

MIC. Muy bien.

CLARA. Ayúdame á ponerme el abrigo, dame el sombrero y los guantes. (Ejecuta lo indicado delante de un espejo. Las prendas que se nombran estarán sobre un sofá ó silla.) ¡Ah! Se me olvidaba... Fíjate bien en lo que voy á decirte: hoy ó mañana debe llegar á Madrid mi hermano Diego; ha terminado en Valencia la carrera de Leyes, y viene á doctorarse. El señor no le conòce, ¿entiendes?

MIC. Sí, señora.

CLARA. No ha visto ni el retrato. Mi hermano ha recibido ya instrucciones mías por el correo, y mi idea es...

MIC. No prosiga usted, señorita, he comprendido perfectamente. El caso es hacerle tragar al señor la píldora de que entre usted y el señorito Diego hay algún lío gordo... ¡Lo que me voy á divertir!

CLARA. Á ti te toca ver, oir y callar. Sobre todo esto último.

MIC. ¡Bonita soy yo para soltar la sin hueso! Cuando chiquita, todos los de mi familia creyeron que era yo muda, porque hasta los cuatro meses no rompí á hablar...

CLARA. Ya sabes que sé premiar tu discreción.

MIC. Mucho que sí. Pero aparte de eso... es que yo me muero por los helenes, y ya estoy gozando de pensar.... (Aparte.) Que en cuanto le cuente esto al señor, habrá propina.

CLARA. (Mirando por el agujero de la cerradura colateral derecha.) Ya se ha vestido, va á salir... Conque ya sabes... (Vase por el foro y la sigue Micaela, haciendo medio mutis.)

ESCENA III

DON RUPERTO y MICAELA

RUP. (Representará un hombre como de cuarenta y cinco á cincuenta años, lo suficiente viejo para que se le pueda suponer padre de Clara, y lo suficiente *bien parecido* y enérgico para que no resulte inverosímil el mucho cariño que ella le demuestra. Vestirá de bata. Sale bostezando.) ¡Aaaah! ¡Vaya un día de agua! Y yo que estoy citado en el Casino con don Plácido para hablar del dichoso pleito. (Consulta el reloj.) ¡Anda, anda! Las once y cinco minutos...

MIC. ¿Me llamaba usted, señor?

RUP. Yo, no.

MIC. (En voz baja.) Pregúnteme usted por la señora.

RUP. (Idem.) Vamos, hoy tambien tenemos mojiganga... (Alto.) ¿Y la señora?

MIC. Ha salido muy temprano.

RUP. ¿Adónde?

MIC. No lo sé. (Campanilla.)

RUP. Anda y abre, porque de seguro es ella. (Vase Micaela.) Mi mujer se desespera porque cree que no soy celoso, y no sabe que Otelo, comparado conmigo, resulta un pobre hombre... ¡Si no estuviera bien seguro de que mi mujer es todo lo virtuosa que puede ser una mujer!... ¡Pues bonito genio tengo yo!

ESCENA IV

DON RUPERTO y CLARA

CLARA. ¡Hola! ¿Te has levantado ya?

RUP. No, hija mía; aún estoy en la cama entregado á Mor-

feo. (Las contestaciones de Ruperto deben expresar cariñosa ironía.)

CLARA. No te enfades, maridito.

RUP. ¿Qué me he de enfadar, tonta? Como me preguntas... ¡Calla! ¡Qué compuesta, qué compuestita estás! ¿De dónde vienes tan guapetona?

CLARA. (Con precipitación.) Te lo diré. No vayas á creer que yo te tapo algo...

RUP. No, pichona; si ya lo sé... y por lo tanto, excusas darme explicaciones.

CLARA. (Con impaciencia.) No importa, hombre. Verás; me levanté á las cinco... aún no habían apagado los faroles... me vestí, salí de casa...

RUP. Muy bien hecho.

CLARA. Oí misa de alba en las Niñas de Leganés...

RUP. ¡Bravo!

CLARA. Luégo... dí un paseo por Recoletos.

RUP. ¡Magnífico! Á tomar el sol. .

CLARA. ¡Si no había amanecido aún!...

RUP. Pues á tomar la sombra, lo mismo da. A mí me parece todo muy bien.

CLARA. (Aparte.) ¡Ay, qué sangre de horchata!... (Alto.) Pero hijo, no se puede andar por Madrid...

RUP. Sobre todo á esas horas, con tanta gente, y tantos coches y tranvías...

CLARA. Si no es eso... (Nerviosa.)

RUP. No te incomodes, mujercita.

CLARA. ¿Sabes á quién me encontré?

RUP. Al sereno.

CLARA. A Federico; no sabes quién es... Es un muchacho que me pretendió antes de que tú me conocieras. Se empeñó en acompañarme, yo le dije que no podía ser... pero estuvo el hombre tan porfiado y tan machacón, que al fin accedí, y dimos una vuelta por... el Retiro.

RUP. ¡Bien hecho! Las mañanitas de Enero son deliciosas y hay que aprovecharlas...

CLARA. (Aparte.) ¡Qué hombre, Dios mío!

RUP. ¡Vamos, Clarita, no te desazones. Todo eso no tiene nada de particular... Pero hazme un favor... enséñame los piés, y si no quieres enseñarme los dos enséñame uno, aunque sólo sea la puntita de uno...

CLARA. ¡Déjame!

RUP. A ver esos piececitos...

CLARA. ¡Qué pesado! ¿No los has visto nunca? (Con zalameria.)

RUP. Es un capricho... ¿A ver?... (Clara le enseña un pié.) ¡Maravilloso! Hace tres días que está el tiempo metido en agua: el Retiro debe ser un puro lodazal, y veo que tus botitas no han sufrido el contacto con el lodo, porque están muy limpias y relucientes.

CLARA. Es que... tomamos una manuela.

RUP. ¿Una manuela, eh? ¡Já! ¡já!

CLARA. (Colérica.) Tú no me quieres creer, pero ten mucho cuidado, porque los tengo así, así, que me hacen el amor. ¿Entiendes? Y algunos muy guapos... Pero los maridos todos sois iguales... Con decir mi mujer es honrada, mi mujer es virtuosa, mi mujer es incapáz de faltarme... os dormís tan tranquilos.

RUP No te desazones, Clarita.

CLARA. Pues no señor, porque la mujer es un cristal...

RUP. Sí, hija, un vidrio, una porcelana... Si lo sé...

CLARA. Y los hombres...

RUP. También, también somos frágiles, como pucheros de Alcorcón. ¿Pero no estás contenta de mí?

CLARA ¿No he de estarlo? ¡Ya lo creo! (Con sonrisa forzada.)

MÚSICA

CLARA. ¡Qué bueno, esposo mío,
te hizo Dios!

RUP. Es que soy un marido
como no hay dos.

CLARA. Maridos muy celosos
se suelen ver.

RUP. Yo tengo confianza
en mi mujer.

DUO

CLARA. RUPERTO.

Por eso yo
tengo un marido
como no hay dos.

Por eso yo
soy un marido
como no hay dos.

CLARA. Pero como soy bonita,
y eso tú lo sabes bien,
cuando paso por la calle
dicen todos: ¡Qué mujer!
Si me paro ellos se paran,
me persiguen si echo á andar,
y oigo á veces unas cosas...
¡sin poderlo remediar!
«No ande usted tan deprisita
que se va usted á caer;
esa cara me enloquece,
y esas manos y esos piés.
¿Quiere usted que la acompañe?
¿Vive usted lejos de aquí?
¡Ay, que ojillos tan gachones!
¡Me hace usted mucho tilín!»

RUP. Que eres tú muy rebonita
hace tiempo que lo sé;
y no es raro que al mirarte
digan todos: ¡Qué mujer!
Que se paren si te paras,
que te sigan sin cesar,
y que escuches sus piropos
sin poderlo remediar.
Los piratas callejeros
mal intencionados son;
mas contigo... que se limpien
y que perdonen por Dios.
Me dan lástima esos hombres

que van siempre tras de tí,
que ese cuerpo remonono
es tan solo para mí.

CLARA. Pero como soy bonita,
y eso tú lo sabes bien,
cuando paso por la calle
dicen todos: ¡Qué mujer!

RUP. Me dan lástima esos hombres
que van siempre tras de tí,
que ese cuerpo remonono
es tan solo para mí.

CLARA. Y su mercé
¡qué bonachón!
en su casita...

RUP. Así soy yo.
Nunca me apuro,
si algún moscón
sigue tus pasos...

CLARA. ¡Qué desazón!

DUO

CLARA.

Debe ser para el esposo
un tesoro la mujer,
y guardián de tal tesoro
el marido debe ser.
Con tu calma me exasperas,
y no sé lo que me da.
¡Es tener sangre de horchata
una gran felicídad!

RUPERTO.

Un delito en mí sería
sospechar de una mujer,
siempre buena y cariñosa,
siempre amante, siempre fiel.
El marido que es celoso
es una calamidad,
hace el oso en todas partes
y lo pasa siempre mal.

HABLADO

RUP. Escucha, Clarita.

CLARA. No quiero, déjame. (Aparte.) Estoy rabiosa. (Vase por la colateral izquierda.)

ESCENA V

DON RUPERTO y luégo MICAELA

RUP. (Llamando á la puerta de Clara.) ¡Clara! ¡Clarita! Abre, mujer, no seas tonta, no te incomodes.. (Volviendo á la escena.) No, pues esto es grave. Si da en sulfurarse tanto, porque cree que no soy celoso, es capáz de hacer alguna tontería... y como la cosa vaya de veras...

MIC. (En voz baja.) Señor, señor...

RUP. ¡Hola! ¿Qué hay de nuevo?

MIC. Que de hoy á mañana debe llegar á Madrid el hermano de la señora.

RUP. ¿Dieguito? Me alegro.

MIC. ¡Chist! Es que como usted no le conoce, según me ha dicho, quiere darle á usted un camelo, haciéndole creer que es alguno que... ¡Vamos! alguno que está... á lo que cae... y que anda tras de la señora para...

RUP. No digas más; comprendido, y toma por la noticia. (Le da una moneda.) Ahora vete, no sea que salga y nos sorprenda en el conciliábulo. (Vase Micaela por el foro.) Esta monomanía de mi mujer me cuesta un sentido; pero gracias á las confidencias de la muchacha, puedo vivir tranquilo. (Mirando al reloj.) ¡Las once y veinte! y la cita es á las once y media; corro á vestirme. (Vaso por la colateral izquierda.)

ESCENA VI

CARLOS y MICAELA

Carlos representará el tipo de un señorito de pueblo. Llevará el borde inferior del pantalón remangado. Al entrar, abre un gran paraguas encarnado y lo pone en el suelo.

MIC. (Desde adentro.) Sí señor, aquí vive, pase usted.

CARLOS. ¡Caramba! ¡Qué modo de llover!

MIC. (Aparte.) Este debe ser el hermano de la señorita. (Alto.) ¿Viene usted de fuera, eh?

CARLOS. Claro que sí.

MIC. ¿De Valencia?

CARLOS. No, de la calle.

MIC. ¡Ay, qué guasa!

CARLOS. Hágame usted el favor de decirle á don Ruperto que hay aquí uno.

MIC. ¿Un qué?

CARLOS. Uno que quiere hablar con él.

MIC. ¿No quiere usted ver antes á su hermana?

CARLOS. ¿A la hermana de don Ruperto?

MIC. No, á la de usted.

CARLOS. Si yo no tengo ninguna hermana. Soy hijo único por parte de mi madre, que murió al darme á luz.

MIC. (Con malicia.) ¿Está usted seguro?

CARLOS. ¿De que me dió á luz mi madre? ¡Ea! Dígale usted á don Ruperto Lanzarote que hay aquí uno.

MIC. (Aparte.) Por lo visto, no es este el hermauo que aguardamos. (Se dirige al cuarto do don Ruperto.)

CARLOS. (Deteniéndola.) Espera, espera (Aparte.) Mi tío Aniceto me ha dicho muchas veces... (Sacando monedas de cobre y contándolas.) dos, tres...; que el oro es una llave, una llave... ocho, nueve, que abre todas las puertas. (Dando á Micaela un puñado de *perros*.) Toma; tengo que hablar con dón Ruperto de un negocio... y me conviene que tú me enteres... que no me hagas una perrada...

MIC. (Aparte.) Para *perrada*, esta. ¡Una peseta en calderilla! ¡Vaya un tío cursi!

CARLOS. Ahora, díme, díme. ¿Hace mucho tiempo que le sirves?

MIC. Desde que entré en la casa.

CARLOS. (Aparte.) Tengo aquí como una bola que no me deja tragar la saliva. (Alto.) Mira, avisa á don Ruperto que hay aquí uno.

MIC. (Llamando á la puerta do don Ruperto.) Señor... un... caballero que pregunta por usted. (Aparte y mirando á Carlos.) ¿Quién será este tipo? (Vase por el foro.)

ESCENA VII

CARLOS sólo

Ya he dado el primer paso... ¡Caracoles, y cómo me tiemblan las piernas! Hace quince días que la sigo... pero desde un cuarto de legua, para que su papá, que tiene cara de pocos amigos, no me tomara ojeriza al ver qué camelaba á la chica. Pero ya he escrito á mi tío que quiero casarme, y él me ha contestado que bueno, y que correrá con todo... ¡Y qué bien que la voy armando! Se lo he sacado todo á la portera; me ha dicho el nombre del que va á ser mi suegro; me ha dicho que aún no había salido; me ha dicho... ¿Y dónde estará ella metida? ¡Recontra! Si pudiera verla por algún agujero!... Por aquí no se ve nada... A ver si por aquí... (Se dirige primero á mirar por la cerradura de la puerta de Clara, luégo por la de don Ruperto en el momento que éste la abre.)

ESCENA VIII

CARLOS y DON RUPERTO, éste ya vestido para salir. Como que se supone que está lloviendo, sacará impermeable.

CARLOS. (Retrocediendo asustado. Aparte.) ¡El papá!

RUP. (Con tono festivo.) ¡Hola, hola caballerito! ¿Conque espiándome por el agujero de la cerradura?

CARLOS. (Aparte.) ¡He metido la pata!

RUP. ¿Pero en qué piensas, que no me das un abrazo? (Lo persigue hasta que logra alcanzarle. Carlos se resiste.)

CARLOS. (Con miedo.) ¡Señor don Ruperto... Señor don Lanzarote...

RUP. No seas majadero (Teniéndole abrazado. Aparte.) ¡Pero qué facha más ridícula tiene mi cuñado! (Alto.) Te advierto, Dieguito, que no me hallo dispuesto á representar comedias tontas.

CARLOS. (Aparte.) Este señor debe estar tocado. (Alto.) Señor don Ruperto ..

RUP. Es inútil cuanto me digas. Estoy enterado de la conspiración, y empezaré por advertirte que tu hermana es una tonta de capirote.

CARLOS. ¡Pero qué hermana ni qué carámbanos; usted me toma por otro, y yo no soy ese... Yo no me llamo Diego. .

RUP. Bueno; pero sentémonos, y así podremos hablar cómodamente. (Ruperto ofrece á Carlos una butaca, y éste al principio se sienta casi en el borde, y va entrando poco á poco hasta que se arrellana bien)

CARLOS. Estimando, estimando.

RUP. ¡Vaya con Dieguito! Conque vamos á ver. ¿Qué hay por Valencia?

CARLOS. Pues... ¿por Valencia? Muchos valencianos.

RUP. ¡Jé, jé!

CARLOS. ¡Jé, jé!

RUP. ¿Y el Grao, y el Cabañal?

CARLOS. Pues... el Grao... y el Cabañal... cuando yo estuve, se habian ido fuera...

RUP. ¡Jé, jé! ¡Qué bromista es este Dieguito!

CARLOS. (Aparte.) ¡Y dale! (Alto.) Pues como decía, yo no me llamo Diego, ni tengo ninguna hermana, ni sé qué conspiración es esa... Yo he venido para hablar á usted de negocios muy peliagudos, si señor, muy morrocotudos... Me llamo Carlos Crispín González y Tragavientos, servidor de usted. Yo no quiero ocultar mi nombre á nadie, ni tampoco enterarme de vidas ajenas...

RUP. ¡Diablo! Si en efecto no es usted mi cuñado...

CARLOS. No señor; yo nunca he sido cuñado de nadie, ni sé aún lo que es eso. Soy huérfano por ambas partes, vamos al decir; por parte de mi madre porque se murió, y por parte de mi padre, porque también se murió. Por parte de mi madre tengo cinco tíos, y por parte de mi padre siete tías. Los tíos que tengo por parte de mi madre... sumados con los tíos de...

RUP. (Interrumpiendo.) ¡Vamos por partes, señor mío! ¿Y qué tengo yo que ver con toda esa jerigonza de tíos y tías?

CARLOS. Quiero que se entere usted de la *progenitura* de mi familia; porque aunque yo no soy cuñado de usted, vamos al decir, aspiro á enlazarme con usted, con... lazos que... que nos enlacen más... para que... una vez enlazados...

RUP. A ver, caballérito, explíquese usted.

CARLOS. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! En cuanto ha oído lo de los lazos, me ha puesto cara de vinagre...

RUP. Vamos, diga usted.

CARLOS. Pues á eso voy. (Aparte.) Yo se lo digo. (Alto.) Pues don Ruperto, usted tiene una hija...

RUP. (Poniéndole precipitadamente una mano en la boca.) ¡Silencio, desgraciado, ó te extrangulo! (Acerca el oído á la puerta de Clara. Vuelve al lado de Carlos, que manifiesta en su cara la extrañeza que le causa la repentina agitación de Ruperto, y se lo lleva al extremo opuesto de la escena.) ¿Quién ha dicho á usted que tengo una hija?

CARLOS. Yo, yo mismo, que...

RUP. Hable usted más bajo. (Vuelve la cara hacia la habitación de su mujer; en tanto Carlos, interpretando á su modo la frase *hable usted más bajo*, se encoge, y al volverse Ruperto recibe una cabezada en el pecho.) ¿Quién le ha enterado de eso?

CARLOS. ¡Caracoles! Yo que la conozco. No hay que incomodarse por eso...

RUP ¡Chist! Hable usted bajo...

CARLOS. ¿Aún más?

RUP. En voz baja... ¿Cómo está usted enterado de eso?

CARLOS. La he seguido muchos días sin que usted lo supiera... Yo vengo con buen fin.

RUP. ¿Y le ha dicho á usted ella mi nombre?

CARLOS. No señor, la portera. Pero eso no importa, estoy enamorado, perdido, de su hija de usted; se lo escribí á mi tío Aniceto que vive en Navalcarnero, donde yo

nací y me crié. Mi tío me contestó que viniera á verle á usted, y que por él no habría inconveniente para el casorio.

RUP. (Aparte.) Lo que más me temía. . (Alto.) Joven, escúcheme usted. Ya que la fatalidad le ha hecho conocer á esa infelíz criatura, y puesto que quiere usted ser su marido, tengo un deber sagrado de manifestarle que su madre es una mujer...

CARLOS. También la mía era una mujer.

RUP. (Haciendo ademanes equívocos.) Quiero decir, que era una mujer... ¿Entiende usted?

CARLOS. ¿Una mujer?... (Imitándole.) Pues no entiendo una palabra.

RUP. (Con misterio.) Alegre.

CARLOS. ¿Alegre? Mejor, á mí me gusta mucho la alegría y la...

RUP. No es eso, es que ella... (Haciendo gestos.)

CARLOS. ¡Ah! ¿Conque ella?... (Bailando.) Pues si no es más que eso... Únicamente le advierto que me corre mucha prisa.

RUP. (Mirando sin cesar hacia el cuarto de Clara.) Bien, ya hablaremos más despacio del asunto. Déjeme usted las señas de su casa y yo iré por allá.

CARLOS. No, don Ruperto, yo vendré por acá.

RUP. No, hombre, yo iré por allá.

CARLOS Si á usted le da lo mismo yo vendré por acá.

RUP. ¡Qué pesadéz!

CARLOS. Vivo cerca de la Plaza de Toros.

RUP. No importa, déme usted una tarjeta suya. (Aparte mientras Carlos escribe con lápiz su nombre en un papel sobre el velador.) Estoy temblando de que salga mi mujer y se entere de este gatuperio, que aunque de fecha remota... (A Carlos) ¿Pero me da usted eso?

CARLOS. Aquí tiene usted .. Carlos Crispín González Tragavientos...

RUP. Bueno, bueno, ya iré por alla.

CARLOS. No, yo vendré por acá.

RUP. ¡Dale! ¡Qué posma! como usted quiera; pero ahora márchese usted.

CARLOS. Aún no me ha dicho usted lo más importante. ¿Me da su permiso para amarla, para adorarla, vamos al decir, para camelarla?... (Con voz melosa.)

RUP. (Impaciente.) Sí, hombre, sí.

CARLOS. Para explicarla y declararla la pasión que...

RUP. Todo lo que usted quiera; pero márchese usted con mil diablos. Tome usted su sombrero y su paraguas. (Le da el paraguas abierto.)

CARLOS. Muchas gracias, estimando. (Aparte.) No he podido verla; pero en cuanto encuentre una ocasión... si veo salir al papá suegro... me cuelo otra vez. (Durante este aparte va don Ruperto á escuchar á la puerta de Clara.)

RUP. (Volviendo la cabeza hacia Carlos.) ¿Pero aún está usted aquí?

CARLOS. Estaba esperando para despedirme de usted, Carlos Crispín González Tragavientos, servidor de usted, huérfano, pero sobrino de mi tío Aniceto, de Navalcarnero, que cuenta con una regular fortuna. Usted me reconoce por un servidor y futuro yerno... Ya sabe usted dónde tiene su casa... vamos al decir...

RUP. (Empujándole hacia la puerta del foro.) Bueno, bueno. (Aparte.) ¡Este hombre es un plomo! (Vase Carlos y vuelve otra vez.)

CARLOS. De Navalcarnero; sobrino de don Aniceto... (Vase por el foro.)

ESCENA IX

DON RUPERTO solo.

El día en que mi mujer se entere de este chanchullo... se va á armar en esta casa una de *pópulo bárbaro*... Y menos mal, si este Carlitos Tragavientos, que parece que se ha caído de un nido, carga con el mochuelo y se casa con la chica... Y á todo esto el tiempo se pasa. (Toma el sombrero y el bastón y se acerca á la puerta de Clara.) ¡Clara! ¡Clarita! Que me marcho, voy á ver si el bueno de don Plácido no se ha cansado de aguar-

darme... Pronto vuelvo. Adiós, remonona. (Dirigiéndose hacia el foro.) Este Carlitos Tragavientos va á traer á mi casa un disgusto. (Vase por el foro.)

ESCENA X

CLARA sola.

Se ha ido... me pareció que tenía visita. Dice que va al Casino... Voy á ver qué camino toma... (Se acerca al balcón.) ¡Anda! Buen paso lleva... ¡Calle! En el portal de enfrente está de centinela el tipo ese que me sigue desde hace quince días. Lo que yo digo... Ni siquiera ha reparado en él Ruperto, ni se le ocurre pensar en los peligros á que me expone su abandono. (Campanilla.) ¿Quién será? ¡Si fuese Diego!...

ESCENA XI

CLARA y CARLOS

MIC. (Desde dentro.) Está la señora sola...

CARLOS. ¡Toma! Pues mejor. (Entrando.)

CLARA. ¡Caballero! ¿Cómo se atreve usted á entrar en esta casa?

CARLOS. (Abriendo el paraguas y poniéndolo en el suelo.) Con permiso...

MÚSICA

CLARA. ¿Cómo aquí entró?
¿Quién es usté?

CARLOS. ¿Qué quién soy yo?
Se lo diré.
(Aparte.) Yo debo sin tardanza
desembuchar.

CLARA. (Aparte.) No hay duda que es un tipo
muy singular.

CARLOS. De Navalcarnero
yo soy natural,
y tengo allí un tío,
un tío carnal,
que me calza y viste,
y me da *parné*
y me quiere mucho...
CLARA. Bueno, ¿y á mí qué?
CARLOS. Yo soy de mi pueblo
lo más principal,
y soy elegante
y fino y formal.
Lleno de ilusiones
á Madrid llegué...
CLARA. Y á mí, señor mío,
¿qué me cuenta usté?

—

CARLOS. Junto á la fuente de Neptuno
una mañana la ví á usté,
y al contemplarla yo me dije:
¡Pues me conviene esta mujer!
CLARA. Yo no comprendo, caballero,
cómo ha podido presumir...
¡Váyase usted con viento fresco
y más no vuelva por aquí!

—

CLARA. (Aparte.) ¡Vaya un facha!
CARLOS (Id.) ¡Qué graciosa!
CLARA. (Id.) ¡Qué figura!
CARLOS. (Id.) ¡Qué preciosa!
CLARA. (Duo.) El mirarle hace reir.
CARLOS. (Id.) Me parece un figurín.

DUO

CLARA.	CARLOS.
Yo no comprendo, caballero,	Junto á la fuente de Neptuno
cómo ha podido presumir...	una mañana yo la ví,

¿Váyase usted con viento fresco
y más no vuelva por aquí.
y al contemplarla tan hermosa
yo no sé lo que sentí.

CLARA. Es un tonto.
CARLOS. Ya me mira.
CLARA. ¡Ay, qué tipo!
CARLOS. Ya suspira.
CLARA. (Duo.) Tiene aspecto de arlequín.
CARLOS. (Id.) Pronto me dirá que sí.
CLARA. Y Ruperto...
CARLOS. ¡Qué palmito!
CLARA. No comprende...
CARLOS. ¡Me derrito!
CLARA. (Duo.) Que me expone á un sofocón.
CARLOS. (Id.) Va en aumento mi pasión.
CLARA. ¡Qué alegría!
CARLOS. Yo me atrevo...
CLARA. Si viniera...
CARLOS. ¡Me conmuevo!
CLARA. (Duo.) Y le diera un mogicón
CARLOS. (Id.) Y me late el corazón.

HABLADO

CLARA. Caballero, hágame usted el favor de marcharse ahora mismo.
CARLOS. ¿Marcharme? ¡Cá! Sepa usted que soy íntimo amigo de don Ruperto Lanzarote.
CLARA. Es que ha salido.
CARLOS. Ya lo sé. Estuve acechándole desde el portal de enfrente, y en cuanto le ví doblar la esquina... ¡fisch! me colé.
CLARA. ¡Qué descaro!
CARLOS. Deseaba hablar con usted á solas, porque delante de él me hubiera dado vergüenza decirla...
CLARA. ¡Está usted loco!
CARLOS. (Aparte.) Ahora me animo yo. (Alto.) Sí, señora, que

lo estoy; perdido el juicio por usted, derretido por esos ojos, y esa boquita de caramelo, y esos piés y ese...

CLARA. ¡Esto es el colmo del cinismo!...

CARLOS. Haga usted el favor de escucharme. Yo soy un joven de principios, ¿estamos? que en vez de andar á salto de mata y ocultándose para hacerle á usted el amor, me voy derecho á la persona que hay en esta casa más respetable por su autoridad y circunstancias, como es don Ruperto, y le hablo clarito, y le digo que estoy enamorado de usted...

CLARA. ¿Le ha dicho usted eso?

CARLOS. Sí, señora; ¿está eso feo?

CLARA. ¿Y él, y él?

CARLOS. ¡Ah! Él, si señora, que es bastante feo.

CLARA. (Aparte.) ¡Y basta le insulta en mi presencia!

CARLOS. Ya sé que tiene usted una mamá. (Bailando.)

CLARA. ¿Esto más?

CARLOS. ¡Si don Ruperto me considera ya como de la familia! Mire usted, me dijo: (Con gravedad cómica.) Joven, joven; tengo el deber sagrado de manifestarle que la madre de esa infelíz criatura, á quien usted adora, es una mujer... ¡vamos! una mujer. . (Bailando.)

CLARA. Esto es ya inaguantable... ¡Micaela!

CARLOS. Pero señorita, por Dios, cálmese usted, yo no soy un cualquiera, y vengo con buen fin .. (Campanilla.) Además, don Ruperto me ha dado permiso para decirla que la quiero, que la adoro, que la...

ESCENA XII

CARLOS, CLARA y DON RUPERTO; luégo MICAELA

CLARA. ¡Ah, aquí está!

RUP. (Aparte.) ¡Soy perdido! Este zángano se lo habrá contado todo á mi mujer...

CARLOS. Me alegro; puede usted preguntarle. Verá usted, verá usted...

CLARA. Vamos, díme: ¿es verdad todo esto que me cuentan?

CARLOS. Dígaselo usted, don Ruperto.

CLARA. Habla.

CARLOS. Convénzala usted.

RUP. Pero éste te ha dicho lo de...

CLARA. Me ha dicho cosas que ningún hombre honrado debe tolerar.

CARLOS. Eso no, señorá.

RUP. ¡Usted se calla!

CLARA. No, no, que hable; que lo repita delante de tí, si se atreve.

CARLOS. Pues claro que me atrevo... como que el mismo don Ruperto me dijo...

RUP. ¡Usted se calla!

CLARA. Pero sepamos...

RUP. Pues bién, sí; es verdad todo. ¡Qué quieres, Clarita. La cosa ya no tiene remedio.

CARLOS. ¿Lo ve usted? No tiene ya remedio...

RUP. Comprendo que habrás tenido un disgusto... y te ruego que me perdones.

CLARA. ¡Dios mío!

RUP. ¡Vamos, perdóname! Esto bien mirado, no tiene nada de particular.

CLARA. Ó te has vuelto loco, ó te burlas de mí.

RUP. Pero hija mía...

CLARA. ¡Ponerme en berlina de ese modo!

RUP. ¡Cálmate, Clarita!

CARLOS. Sí, ¡cálmate, Clarita!

RUP. ¿Se quiere usted callar?

CARLOS. ¿Y por qué? Ahora que estamos los tres juntos, quiero que quede todo arreglado.

RUP. (Aparte.) ¡Pero hombre, que se va á enterar mi mujer... (Carlos mira hacia todas partes.)

CLARA. ¿Pero oyes lo que dice?

RUP. Sí, hija mía, sí... Ya supongo que te habrá hablado de... Pues mira, ahí tienes... esa es una solución como otra cualquiera. (Hablándola por lo bajo.) Él dice que

está enamorado, ¿entiendes? Pues bien, dejarle... ¡No sabe él la carga que se echa encima... y en el pecado lleva la penitencia. (De aquí en adelante debe irse animando el diálogo poco á poco, hasta que acaben por hablar todos á un tiempo, como se indicará.)

CLARA. ¡Muchas gracias! Lo dicho, has perdido el juicio...

RUP. ¡Dale bola! Si te digo que...

CLARA. ¡No me hables!

CARLOS. Oiga usted, don Ruperto...

RUP. ¡Hombre, déjeme usted en paz!

CLARA. Mi único recurso es abandonar esta casa.

RUP. ¡Que se me va agotando la paciencia!

CLARA. ¡No quiero vivir ni un día más contigo: buscaré el amparo de mi madre!

RUP. Eso será lo que tase un sastre.

CARLOS. (Aparte á don Ruperto y muy alarmado.) No la deje usted irse con su mamá, que me va á salir también... (Bailando.)

RUP. ¿Pero á usted quién le da vela en este entierro?

CLARA. ¡Qué desgraciada soy!

MIC. ¿Pero qué sucede?

RUP. ¡Date á razones, mujer!

CARLOS. Escuche usted, don Ruperto.

RUP. ¡Quítese usted de en medio! (Lo que sigue ha de ser dicho por los cuatro á un tiempo, elevando el diapasón y terminando á la vez. Primero habla don Ruperto, inmediatamente Carlos, después Clara, y por fin Micaela.)

LOS CUATRO

RUP. Quisiera yo saber á qué viene decirme tantos disparates... Lo pasado, pasado; pero cuando las mujeres se ponen así... ¡es cosa de tirarse por el viaducto!

CLARA. Todo el mundo te va á señalar con el dedo por bobalicón... y á mí me pondrás en berlina. ¡Si yo hubiera sabido cómo eres!

CARLOS. Nada, nada... Cuando ustedes se hallen más tranqui-

los, volveré por aquí. ¡Qué diantre! En estas cuestiones de familia, ¿está usted? no quiero meterme.

MIC. ¡Vaya una trapatiesta que se ha armado! Ahora es cuando estoy yo en mis glorias. ¡Andá, anda, qué jaleo!

—

RUP. ¡Silencio todos, que parece esto un gallinero! (Á Carlos.) ¡Tú, á la cocina! Digo, no; tú, á la cocina. (A Micaela.) ¡Vive Dios! ¡Y toda la culpa tienes tú, badulaque, zascandil! (Coge á Carlos por el cuello. Clara llora.)

CARLOS. ¡Demonio! ¡Suelte usted... que me quita el resuello!

RUP. ¡Animal! ¡Te voy á romper un hueso!... (Largándole un puntapié.)

CARLOS. ¡Caracoles! ¡Vaya un suegro cerril! (Escapa por la puerta del foro.)

ESCENA XIII

CLARA, llorando en una butaca: DON RUPERTO

RUP. ¡Basta ya de mojigangas! ¡Bonito humor tengo yo para ver lagrimitas!

CLARA. ¡Ese es el modo que tienes de quererme!

RUP. Cuando sucedió eso... no te conocía... Además... ¿Tú crees que soy el único á quien le pasan estas cosas?

CLARA. Pero...

RUP. ¡Tú eres una niña y no sabes que en este mundo hay que estar preparado á todo.

CLARA. Pero si te estoy oyendo y me parece mentira que quieras que ese joven...

RUP. He tomado ya una determinación, y no serás tú la que me haga retroceder... Se acabaron las contemplaciones; á ese joven le protejo yo, ¿entiendes? Ó soy ó no soy el amo en mi casa ..

CLARA. Pues yo me marcharé de ella. (Levantándose.)

RUP. Tú te estarás quietecita.

CLARA. Yo haré lo que me parezca.

RUP. ¿Otra vez volvemos á las andadas?

CLARA. Un hombre como tú, no merece que se le trate de otro modo.

RUP. ¡Estás disparatando!

CLARA. Quien diparata eres tú.

RUP. ¡Tú!

CLARA. ¡Tú!

MIC. El almuerzo está servido.

RUP. ¡Que se lo coma el demonio! Me marcho, porque si no, voy á dar un estallido. (Vase por el foro. Esta escena debe ser muy viva.)

ESCENA XIV

CLARA, MICAELA y CARLOS

MIC. Allá va el señor echando venablos. ¿Pero qué les pasa á ustedes?

CLARA. No lo sé, Micaela; creo que iremos á parar todos á Leganés.

CARLOS. (Entrando despavorido por el foro) ¡Santa Bárbara bendita! Ya se fué la fiera.

CLARA. ¿Aún está usted aquí?

CARLOS. ¿Dónde he de estar si me dejé el sombrero y el paraguas? (Recoge ambas cosas.) ¡Cáspita! Me escondí en ese cuarto del pasillo, aguardando una ocasión... Pero me marcho ahora mismo, no tenga usted cuidado... Ya veo que don Ruperto no está hoy para cuchufletas.

CLARA. No, no se vaya usted. (Aparte.) Ahora va á saber mi señor marido quién soy yo. (Alto.) Micaela, sírvenos el almuerzo en esa mesa á este caballero y á mí. (Carlos al oir esto se emociona, dejando caer el sombrero y el paraguas.)

MIC. Pero señora, mire usted que...

CLARA. Obedece y calla. (Aparte.) ¡Y le diré delante de ella unas cosas! para que las sepa mi marido y rabie... Así como así, este tonto es incapáz de propasarse... (Vase Micaela por el foro.)

CARLOS. (Aparte.) ¡Y me convida á almorzar! ¡Esto marcha!... (Con cara de Pascua.)

CLARA. ¿No me ha dicho usted antes que estaba enamorado de mí?

CARLOS. Sí señora... ¡ay! no se acerque usted.

CLARA. ¿No tiene usted permiso de don Ruperto?...

CARLOS. Eso me dijo; pero...

CLARA. Pues bien, es preciso que me lleve usted lejos, muy lejos.

CARLOS. Á Navalcarnero.

CLARA. No, á América, al Perú, al Brasil, á California; donde usted quiera... Viviremos en un bosque, comeremos cocos y plátanos; y nos arrullaremos como dos tórtolos.

CARLOS. (Aparte.) ¡Caracoles, qué fuerte le ha entrado!... ¡Y yo que iba perdiendo las esperanzas! (Alto.) Nunca he comido eso que usted dice; pero con tal de que usted me quiera, soy capáz de irme aunque sea á Pampanga á comer rabos de lagartijas.

MÚSICA

CARLOS

Si vivir no quieres
en Navalcanero,
para complacerte
á la Habana iremos.
Lo malo es que dicen
que allí hacer calor.

CLARÁ.

Á mí el frío me pone los nervios
en revolución.

HABANERA

CLARA.

Oculta en el bosque
nuestra cabaña,
será como un nido

de colibrís.
Tendida en la hamaca
que incita al sueño,
podrás tú, bien mío,
mecerme así...
así...
así...
Á la orilla de un arroyo
mezclarás con su rumor
tus palabras de miel,
tus canciones de amor...
¡Al pensarlo, vida mía,
me palpita el corazón!

CARLOS. Verás qué mimoso
seré contigo,
si acaso nos vamos
allá á vivir.
Y cuando en la hamaca
tú estés dormida,
sabré yo las moscas
quitarte así...
así...
así...

DUO

CLARA.

A la orilla de un arroyo
mezclarás con su rumor
tus palabras de miel,
tus canciones de amor,
¡Al pensarlo, vida mía,
me palpita el corazón!

CARLOS.

A la orilla de un arroyo
mezclaré con su rumor
mis palabras de miel,
mis canciones de amor.
¡Al pensarlo, vida mía,
me palpita el corazón!

HABLADO

Mientras cantan Clara y Carlos, entra y sale Micaela, trayendo el servicio para el almuerzo.

MIC. Están ustedes servidos.

CLARA. ¡A la mesa!

CARLOS. Me da así... algo de vergüenza... ¡Como no he almorzado nunca...

CLARA. ¿Qué?

CARLOS. Que no he almorzado nunca... con señoras... Si acaso con alguna tía de las que tengo en Navalcarnero...

CLARA. Vamos, anímese usted. (Se sienta á la mesa.)

CARLOS. Usted no me quiere creer... pero estoy corrido.

CLARA. ¡Qué tontería!

CARLOS. De veras... me da mucha vergüenza. (Acercándose á la mesa póco á poco.) ¡Y huele bien!

CLARA. Le haré plato, ¿eh?

CARLOS. Hágame usted lo que quiera.(Se sienta delante de la mesa, á mucha distancia, y se pone la servilleta, que será grande, á guisa de babero.)

CLARA. Vaya usted comiendo. Yo me serviré, aunque no tengo apetito.

CARLOS. Es claro... la emoción, y la... y la emoción, produce la emoción. (Se va acercando poco á poco á la mesa.) Mire usted... yo creo que ya no tengo vergüenza. (Ofreciéndola una copa de vino.) Echese usted eso al cuerpo, para limpiar el tragadero.

CLARA. (Rechazándolo.) Gracias.

CARLOS Pues me lo beberé yo.

CLARA. ¡Ah! Micaela; si vuelve el señor...

MIC. ¿Le digo que ha salido usted?

CLARA. ¿Cómo se entiende? Le pasas aquí inmediatamente.

CARLOS. ¡Diablo! Yo creo que sería mejor lo otro, Si me ve almorzando con usted es capáz de romperme algo...

CLARA. No lo crea usted; es muy complaciente, muy atento...

CARLOS. No; ya se le conoce que es un bendito de Dios; pero

hay personas así, de genio raro, que demuestran su alegría á puñetazos... vamos al decir... y ya usted vé, si me rompe algo... Esta aceitunita. (Se la ofrece con los dedos.)

CLARA. Gracias, después.

CARLOS. Pues me la comeré yo... Ahora un traguito. (Al coger la botella la deja caer sobre los platos.)

CLARA. ¡Ay!

CARLOS. No se apure usted... Ahí al lado hay una cacharrería...

MIG. (Aparte.) Este hombre es una calamidad.

CARLOS. ¿Sabe usted en qué estaba pensando?

CLARA ¿En qué?

CARLOS. En que podíamos llevarnos á América con nosotros á don Ruperto.

CLARA. ¡Qué disparate!

CARLOS ¿Y hemos de dejar solo al pobre viejo? Después de todo yo creo que el cariño de padre que la tiene á usted hará que estos arrechuchos se le pasen pronto. ¡Cuando vea lo que nos queremos! Podemos vivir los tres en familia, es un decir, como tres príncipes... y ya verá usted, ya verá usted cómo se va acostumbrando poco á poco.

CLARA. (Aparte.) Decididamente, este hombre es tonto. (Alto.) ¿No comprende usted que le matará el mejor día?

CARLOS. ¡Zapateta! Pues si el mejor día me mata, ¿qué hará el peor?

CLARA. Hay momentos en que mi marido se pone hecho una fiera.

CARLOS. (Con asombro.) ¡Su marido! ¿Pero es usted casada? (Levantándose.)

CLARA. ¡Qué pregunta! Claro que sí.

CARLOS. ¡Jesucristo!!! ¿Y su marido de usted, es?... (Cada vez más asustado.)

CLARA. ¿Pero está usted en Belén? ¿Quién ha de ser? Ruperto.

CARLOS. (Dejando caer el tenedor y el cuchillo.) ¡Don Ruperto! ¡Ay, Dios mío de mi alma!

CLARA. (Levantándose.) ¿Pero qué se figuraba usted, hombre de Dios?

CARLOS. Creí que don Ruperto era su papá de usted.

CLARA. ¿Es posible? (Campanillazo fuerte y prolongado.) Ahí está mi marido.

CARLOS. ¡Me va á partir por el espinazo!

CLARA. ¡Vaya un valiente! ¿Y es usted el que estaba dispuesto á llevarme consigo á América á comer cocos?

CARLOS ¡Para cocos estoy yo!

MIC. He mirado por el ventanillo... es el señor. ¿Qué hago? (Sigue sonando la campanilla.)

CLARA. Abrir inmediatamente. (Vase Micaela.)

CARLOS. ¡El me va á abrir á mí en canal, señora! ¿Dónde me escondo?

CLARA. En ninguna parte; estése usted quieto.

CARLOS. ¡Un demonio! Aunque sea aquí debajo... (Se esconde debajo de la mesa.)

ESCENA XV

CLARA, CARLOS, DON RUPERTO y MICAELA

RUP. ¡Creí que no iba á poder entrar en mi casa! ¡Por vida de!... En fin, Clara, he pensado que no tendríamos perdón de Dios, si por culpa de ese zángano fuésemos á disgustarnos. (Fijándose en la mesa.) ¡Calla! Una mesa con dos cubiertos... ¿Qué significa esto?

CLARA. Esto significa.. ¡Nada! Que he tenido un convidado, un joven que me ama con delirio, que está dispuesto á llevarme consigo á América á comer cocos... ¿No me dejas en completa libertad? (Micaela debe ir despejando la mesa, para quitar el mantel en tiempo oportuno.)

RUP. ¡Señora... no gaste usted conmigo bromitas, que hoy no está el horno para bollos. (Viendo el sombrero y el paraguas de Carlos.) ¡Hola! Un sombrero... ¿de quién es este sombrero y este paraguas?

CLARA. Pues de ese joven...

RUP. ¡Clara... díme la verdad... esto es una emboscada tuya. ¿Ha venido tu hermano Diego? Contesta...

CLARA. ¡Ah! ¿Lo sabías? Pues bien, te juro que no.

RUP. Entonces me quieres volver loco. ¡Voto á!...

CLARA. Pero, ¿por qué te sulfuras, si tú no eres celoso, si todo cuanto hago te parece muy natural?

RUP. ¿Que no soy celoso? Se engaña usted, señora; basta ya de fingimientos... Soy celoso como un turco... ¿Lo entiende usted? y la vista de este sombrero (Le tira.) de este paraguas (Lo tira también.) y de estos dos platos, uno enfrente de otro, me ponen fuera de mí. (Coge un plato y lo arroja al suelo. Gritando.) ¡Micaela! ¡Micaela!

MIC. Señor...

RUP. Recoge inmediatamente ese servicio.

CLARA. (Aparte.) ¡Qué felicidad! Tiene celos. (Alto y con mimo.) Escucha, maridito...

RUP. Yo no soy maridito, soy un juez inexorable que va á juzgar á usted como se merece. (Micaela, después de quitar el resto del servicio, se prepara á quitar el mantel.)

CARLOS. (Aparte.) ¡Soy perdido! Esta maldita va á quitar el mantel... y me va descubrir... ¡este va á ser el mejor día... hoy me mata!

CLARA. Pero ten calma, Ruperto...

RUP. ¡Calma, eh! (Descubriendo á Carlos agazapado debajo de la mesa.) ¡Rayos y truenos! ¿Conque este animal es el amante? ¡Salga usted de ahí, mamarracho! (Sacudiéndole un puntapié.)

CARLOS ¡Favor... socorro!...

RUP. (Agarrándole por el pescuezo y zarandeándole.) ¡No hay compasión... te voy á hacer picadillo!...

CLARA. (Aparte.) ¡Qué feliz soy! Está furioso de celos ..

CARLOS (Arrodillándose.) ¡Perdón! Yo creí que doña Clarita era hija de usted...

RUP. ¿Qué, tomaste á Clara por hija mía?

CARLOS. Sí señor, y...

RUP. (Aparte á Carlos y muy de prisa.) ¡Silencio! Te perdono la vida; pero á condición de que te calles. ¡Si hablas

eres muerto! (Aparte.) De modo que mi mujer no sabe nada de aquello. . ¡Ah!... ¡Qué gran idea!... (Alto.) ¡Já, já, já! (Se ríe á carcajadas.)

CLARA. (Aparte) Si los celos le habrán vuelto loco...

RUP. ¡Y te lo has creido, já, já!

CLARA. ¿Qué estás diciendo?

RUP. Que he querido probarte que todas cuantas farsas inventes para que rabie de celos, son inútiles. He sabido lo que proyectabas en connivencia con tu hermano Diego, y te he ganado por la mano, mujercita mía; esto es lo que se llama ir por lana... Este amigo se ha brindado gustoso á secundar mi plan... (Empujando á Carlos amistosamente.) ¡Ah, gandul! Has representado la comedia á las mil maravillas... ¡Gracias, amigo mío!

CLARA. (A Carlos.) ¿Pero es verdad eso? ¿Usted no es de Navalcarnero?... ¿Quién es usted? (Carlos hace muecas extrañas cada vez que se le dirige la palabra, y permanecerá mudo.)

RUP. No es lo que parece... Ahí, donde le ves, es uno de los más distinguidos y elegantes gomosos de la Corte... el vizconde de la Rocapeiada.

CLARA. (Aparte.) Nadie lo diría. (Alto á Carlos.) Ha sido usted bien poco galante conmigo, y debió descubrirme...

CARLOS. (Aparte.) ¡Cuando yo me vea en la calle... cualquier día vuelvo por aquí!...

CLARA. La consecuencia de todo esto, es que no tienes celos, que te soy indiferente...

RUP. En eso te engañas, Clara mía; eres demasiado joven y bonita para que yo deje de velar por este tesoro de que soy dueño absoluto. Un hombre celoso es un sér ridículo... y yo disimulo cuanto puedo; mas si alguien atentase contra mi honor... sabría defenderle aun á costa de mi vida.

CLARA. ¿De verás? ¡Ahora si que soy feliz! (Se abrazan Clara y Ruperto.)

MÚSICA

CLARA. (Al público.)

El juguete ha terminado;
concedednos si os gustó
un aplauso para todos,
un aplauso por favor.

LOS TRES. El juguete ha terminado, etc. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.